

El estilo es el hombre



Kenshinkan dôjô 2014

Había viajado a Moscú para asistir al Congreso del Museo Roerich y, entre jornada y jornada de ponencias, me aventuré a buscar el rastro que aquel genio de San Petersburgo había dejado en la ciudad. Uno de esos baluartes se encontraba en la Galería Tetriakov: un santuario del arte ruso establecido a mediados del siglo XIX, fundado y sostenido por la familia que le dio nombre.

En su interior se detuvo el tiempo, cuando me encontré de frente con la obra de los maestros de Nicholás. Tan enigmáticos durante años, finalmente podía contemplarlos: Kuindzhi y Aivazovsky. No me defraudaron.

Aunque Roerich estudió en la Escuela de Arte de San Petersburgo durante años junto a estos genios, su pintura resultaba totalmente diferente, manteniendo no obstante puntos de encuentro con sus mentores: luz y color. Si bien es conocida la influencia que ambos ejercieron sobre el joven discípulo, es justo decir que la pintura de Nicholas fue teniendo voz propia desde sus comienzos.

Pocos maestros están dispuestos a hacer lo que sí hizo el *"Sabio de Crimea"*, quien abriría los sentidos de su estudiante despertando en él la curiosidad, diseñándole el panorama mayor de la pintura y aconsejándole encontrar su propio destino dentro de ella.

Meditando sobre esta valiente apuesta, que es la libertad del individuo, recordé aquel principio que sostenía el griego Protágoras, orador y viajero, discípulo de Demócrito, contemporáneo de Sócrates y Platón, quien, cuatro siglos antes de nuestra Era, manifestaba: *"El hombre es la medida de todas las cosas"*.

Aunque mucho más tarde se hicieran interpretaciones de esta sentencia desde el Antropocentrismo o el Relativismo, esa afirmación continua estando en consonancia con la idea de la independencia personal en relación a los juicios de valor, formas de actuar y visión del mundo.

En el Renacimiento, los genios de la *Florenxia de los Medicis* reclamaron la vuelta al pensamiento griego, el rescate del humanismo, la notoriedad de la naturaleza y la valoración de la individualidad en el mundo del Arte. En aquel momento único de la historia del Arte

confluyeron talentos irrepetibles que también defendieron la originalidad del artista. Leonardo da Vinci, uno de los más singulares miembros de aquella pléyade sin igual, nos enseña al respecto: *“Un pintor producirá imágenes de poco mérito si toma la obra de otros como referente”*; para concluir posteriormente: *“Nadie debería imitar jamás el estilo de otro porque, en lo referido al Arte, no será llamado hijo de la naturaleza”*.

En el siglo XVIII, un ilustre como George Louis Leckerk, conde de Buffon, acuñaba otra sentencia convertida, con el transcurrir de los años, en piedra angular para muchos artistas; esta frase resultó ser un axioma sobre el que numerosos creadores asentarían las bases de sus propias obras.

Buffón, autor de una *“Historia Natural”* compilada en cuarenta y cuatro volúmenes, pretendió aglutinar en semejante proyecto todo el saber de la época que le tocó vivir: la Ilustración. Sabido es que para esta empresa el historiador se rodeó de buen número de colaboradores a fin de acotar espacios académicos determinados -biología, geología, astronomía- reservando para su pluma los conceptos de mayor amplitud, opiniones que incluían: el orden social establecido o la estructura del mundo conocido. Su genial sentencia, nos decía: *“El estilo es el hombre”*.

Aunque en la primera mitad del siglo XIX el Romanticismo supusiera una ruptura con el imperio de la Razón que pregonara la Ilustración, en su fuero interno continuaría enalteciendo los valores que hacían honor a la frase acuñada por Buffon. Sí, los primeros románticos alemanes también defendían la individualidad del artista, la originalidad frente a la mayoría, la potencialidad del yo personal y el alejamiento de un Todo que aglutinara una dirección única en el mundo del Arte. Rotundo, categórico y muy determinante en la defensa de esa idea, el magistral Caspar David Friedrich nos alecciona así: *“El pintor no debe pintar meramente lo que ve ante sí, sino también lo que ve en sí. Y si en sí mismo no viera nada, que deje entonces de pintar lo que ve ante sí”*.

En la segunda mitad del siglo XIX, los naturalistas comandados por Emile Zola harían valer sus ideas en torno a la relación que el ser humano sostiene con el medio ambiente que habita. El resultado de semejantes influjos -ambientales, paisajísticos, sociales, personales, educativos, genéticos- serían capaces de conformar: carácter, personalidad o posición ante la vida.

Para el escritor francés, semejantes influencias se traducían igualmente en la defensa de un Yo artístico frente a un Todo diseñado con idéntico esquema, entendiendo que, siendo portador de una historia personal singular, cada hombre ha de sostener opiniones desiguales, actuar de manera individual y mantener distintas formas de expresión. Así, dejó escrito: *“Una obra de Arte es un rincón de la creación visto a través de un temperamento”*.

Si con estos y otros muchos ejemplos la historia nos enseña que, aún perteneciendo a una misma escuela de pensamiento, a un mismo período artístico o una corriente literaria semejante, los autores buscan su particular expresión a través de la obra que elaboran: ¿Por qué no habría de ser esto *Ley Natural* en la práctica y el estudio del Budô?

Protágoras, Leonardo, Buffon, Friedrich o Zola son algunos de los muchos pensadores que nos han transmitido un parecer idéntico acerca de la imperiosa necesidad de encontrar un camino personal en el estudio o práctica de un Arte, si la pretensión del artista es el crecimiento junto a esa forma expresión que ha elegido.

¿Qué pueden enseñar estas bellas sentencias a los budokas sinceros?

“El hombre es la medida”.

Protágoras. Filósofo, orador y viajero griego.

“Un pintor producirá imágenes de poco mérito si toma la obra de otros como referente. Nadie debería imitar jamás el estilo de otro porque, en lo referido al Arte, no será llamado hijo de la naturaleza”.

Leonardo da Vinci. Pintor y escultor florentino.

“El Estilo es el hombre”.

George Louis Leckerk, Conde de Buffon. Naturalista y botánico francés.

“El pintor no debe pintar meramente lo que ve ante sí, sino también lo que ve en sí. Y si en sí mismo no viera nada, que deje entonces de pintar lo que ve ante sí”.

Caspar David Friedrich. Pintor alemán.

“Una obra de Arte es un rincón de la creación visto a través de un temperamento”.

Emile Zola. Escritor francés.

Kenshinkan dôjô 2014